

el escamoteo— y la transforma, ahora que nos acercamos y se precisan las figuras, en agricultor y en colono individuales?

La distinción está en el poema mismo: tenemos al «fatigado agricultor» que, obviamente, suda —la esperanza enjuga su frente; tenemos al colono hacia el que acuden los bienes —al parecer, sin hacer nada; y debemos de tener también a alguien «que lleva de los campos el tributo,/ colmado el cesto, y con la falda en cinta,/ y bajo el peso de los largos bienes»: tras la forma de esa esperanza que actúa como grácil transporte podemos adivinar a un grupo de hombres y mujeres, quizás igualmente de niños, acaso esclavos —pintar de negro a la esperanza hubiera superado las posibilidades cromáticas de la época—, en todo caso de los que sudan como el agricultor, y opuestos en cuanto tales al colono que está sencillamente ahí, de pie junto (¿a las puertas, controlando?) a «los vastos almacenes» que se van llenando.

Discretamente, pues, las relaciones de producción también se encontrarían en el fragmento, como bordeando el hueco de lo no nombrado: la propiedad de la tierra y su fondo: el poder. Y si la primera contradicción, la de los mitos edénico y agrícola, es patente y recurrente, ésta —que al cabo es una variante de la anterior— resulta más bien de la lectura, convirtiéndose en contradicción sólo por esta quiebra del texto hecha desde fuera para subrayarla, para visibilizar lo que de otra manera podría permanecer invisible.

## El mito edénico

En su «Alocución a la Poesía», Bello la invita a venir a América dado el carácter edénico de ésta: «Tiempo es que dejes ya la culta Europa,/ que tu nativa rustiquez desama,/ y dirijas el vuelo adonde te abre/ el mundo de Colón su grande escena». La lista de oposiciones ya empieza: lo culto de Europa postula lo *inculto* de América; lo *grande* de ésta, lo pequeño de aquélla; la *escena* americana sugiere un espectáculo, un lugar donde algo puede suceder, un espacio abierto, implicando simétricamente lo cerrado, clausurado, previsible, catalogado y codificado definitivamente, de Europa. Veremos después que esto tiene connotaciones políticas, explicitadas además, que hacen del mito edénico un mito de la *libertad*: no en vano aparece dos veces esta palabra en el poema (así como dos veces el adjetivo *libre* y una el verbo *libertar*; en cuanto a Bolívar, al contrario que a los otros héroes americanos no se le llama por su nombre, sino por su título de *Libertador*).

Oigamos la encantadora invitación. Si la poesía cantó, antiguamente, «las gracias atractivas/ de Natura inocente», aquí puede encontrar ese «otro mundo», esas «otras gentes», «do viste aún su primitivo traje/ la tierra, al hombre sometida apenas», así como unos valles (de Chile) «do la inocencia y el candor ingenuo/ y la hospitalidad del mundo antiguo/ con el valor y el patriotismo habitan». Lo edénico, pues, incluso «enriquecido» con elementos nuevos y políticos: valor y patriotismo. Agreguemos todo esto a la lista.

Y hay más, porque el mito edénico es total, totalizador en su despliegue, haciendo de América el lugar en que se anulan los contrarios, dejando en ella lo mejor de sí mismos. Están «las riquezas de los climas todos». Está al mismo tiempo lo más joven y lo eterno —vecindad que sugiere la eterna juventud— pues, por una parte, América, «del Sol joven esposa», es «del antiguo Oceano hija postrera», última tierra salida de las aguas; pero, por otra, mantiene vibrando la palabra original, la fuerza primigenia de la creación:

Si tus colores los más ricos mueles  
y tomas el mejor de tus pinceles,  
podrás los climas retratar, que entero  
el vigor guardan genital primero  
con que la voz omnipotente, oída  
del hondo caos, hinchó la tierra, apenas  
sobre su informe faz aparecida,  
y de verdura la cubrió y de vida.

La joven esposa —la fertilísima madre—, con las entrañas siempre plenas del vigor genital que la cubrió: Eros, una vez más —y una vez más ontológico, abarcando en su arco —vientre henchido— lo primero y lo último.

América, finalmente, contiene en sí el «blando cielo, que no turban/ lluvias jamás, ni embravecidos vientos» y las «canas cumbres» donde se «oyen bramar las tempestades»; los valles de «rubias cosechas y suaves frutos» y el río inmenso que «tronando se abre paso/ entre murallas de peinada roca»; lo ameno, lo amable, lo fresco de una «siempre lozana primavera», y lo eterno, lo laberíntico, lo belicoso de las selvas, lo innumerable:

Selvas eternas, ¿quién al vulgo inmenso  
que vuestros verdes laberintos puebla,  
y en varias formas y estatura y galas  
hacer parece alarde de sí mismo,  
poner presumirá nombre o guarismo?  
En densa muchedumbre  
ceibas, acacias, mirtos se entretejen,  
bejucos, vides, gramas;  
las ramas a las ramas,  
pugnando por gozar de las felices  
auras y de la luz, perpetua guerra  
hacen, y a las raíces  
angosto viene el seno de la tierra.

Queda justificada, pues, la *grande escena* en que América dispone sus elementos a modo de espectáculo, *pareciendo hacer alarde de sí misma*. Pero alarde funcional, espectáculo didáctico que, poeta mediante, se convierte en programa (agrícola) en la segunda silva. Es en ella donde se responderá a la retórica pregunta aquí formulada al paso: «¿quién (...) poner presumirá nombre o guarismo?» a esa reacia, inmensa, laberíntica, densa naturaleza emblematizada por una selva casi catedralicia, en la que todo vibra y sube hacia lo alto en pos del aire y de la luz: la caterva servil con fuego

y hachas, el trabajo —fundamentalmente esclavo— con rudimentarios —y devastadores— medios de producción. Entonces se podrá entonar el «himno de los poseedores»:

¡Oh! ¡Los que afortunados poseedores  
habéis nacido de la tierra hermosa,  
en que reseña hacer de sus favores,  
como para ganaros y atraeros,  
quiso Naturaleza bondadosa!

He aquí el gozne de los mitos: la *reseña*, el inventario de maravillas que debe hacer la Poesía descolgando su «dulce lira de oro» de la «encina carcomida» europea, cantando ahora la tierra americana. Tal es el sentido del despliegue fundador, que inventa lo que nombra, como un puente de papel sobre el vacío histórico —sobre el furioso torrente de la historia real— o como un colorido reclamo publicitario. El presente de esta poesía es ese gran espectáculo material para el que se han convocado todos los actores posibles, encajando acto tras acto a como dé lugar, con mucho ruido y movimiento —y luz—, llevando la representación a su triunfo por encima de las incoherencias, los huecos y las contradicciones del texto.

Y en su despliegue, el presente textual crea el mito edénico del pasado y el mito agrícola del futuro.

## El edén político

El devaneo ideológico que recorre las silvas pudiera resumirse torpemente así: América es un edén; América fue un edén; América es todavía un edén; América es, comparada a Europa, un edén; América puede ser un edén. Las cinco afirmaciones se llevan de frente en distintas partes de ambas silvas —que cabe leer como un solo texto.

Ya hemos visto la afirmación primera, bastante detallada. Notamos también el añadido de dos elementos —valor y patriotismo— que, por definición, nada tienen que ver con el edén: son rasgos políticos, defensivos, que con su mera presencia implican un edén amenazado. Pero dentro del flujo mismo de la primera afirmación, el poema cambia de tiempo y empieza a hablar *en pretérito* del edén americano, hecho súbitamente *memoria*:

Allí memorias de tempranos días  
tu lira aguardan; cuando, en ocio dulce  
y nativa inocencia venturosos,  
sustento fácil dio a sus moradores,  
primera prole de su fértil seno,  
Cundinamarca; antes que el corvo arado  
violase el suelo, ni extranjera nave  
las apartadas costas visitara.  
Aún no aguzado la ambición había  
el hierro atroz; aún no degenerado  
buscaba el hombre bajo oscuros techos

el albergue, que frutas y florestas  
saludable le daban y seguro,  
sin que señor la tierra conociese,  
los campos valla, ni los pueblos muro.  
La libertad sin leyes florecía,  
todo era paz, contento y alegría.

América *fue*, pues, un edén, en un tiempo clausurado: el del *aún no*: arado, extranjeros, ambición, armas, degeneración, casas, propiedad privada, muros defensivos, gobierno, leyes. Detallando la «edad de oro», el despliegue admite los temas de la propiedad y el poder, pero justamente en su carácter apromblemático: dispuestos entre flores y frutos se confunden con ellos, son otros tantos motivos de maravilla y encanto, pertenecientes al marco —al orden— natural. Al ser asumidos como naturaleza se anulan en cuanto historia y son evacuados definitivamente del poema, arrastrados por esas aguas cuyo diluvio de origen divino sepultó tan pintoresco edén.

No reaparecerán ligados al tema de la libertad, que sólo se plantea de cara al yugo español en trance de caer en pedazos: los 627 versos (de un total de 834) de la «Alocución a la Poesía» que cantan la epopeya independentista, desde los tempranos días de la conquista hasta las luchas aún vigentes cuando su redacción, se limitan a la enumeración de héroes y batallas enfrentados al «poder español» y a la afirmación de un ineluctable futuro de paz y abundancia que pertenece ya al mito agrícola:

Renacerás, renacerás ahora;  
florecerán la paz y la abundancia  
en tus talados campos; las divinas  
Musas te harán favorecida estancia,  
y cubrirán de rosas tus ruínas.

Cambiando de signo, el *corvo* arado —recordar las corvas hoces—, violador de la naturaleza se convierte en instrumento de la historia, que *florece* en los *talados* campos de la patria: un destino radicalmente vegetal, un crecimiento natural; un programa: independencia (de España) y agricultura.

## El edén agrícola

El tiempo del *aún no* repercute en el del *aún*, como un espacio de transición entre los mitos: su eco lo encontramos en América presentada como «otro mundo (...) do viste aún su primitivo traje/ la tierra, al hombre sometida apenas». Su símbolo frutal es el banano, que cierra la lista de dones sabrosamente expuestos en «La Agricultura de la Zona Tórrida»:

y para ti el banano  
desmaya al peso de su dulce carga;  
el banano, primero  
de cuantos concedió bellos presentes

Providencia a las gentes  
del ecuador feliz con mano larga.  
No ya de humanas artes obligado  
el premio rinde opimo;  
no es a la podadera, no al arado  
deudor de su racimo;  
escasa industria bástale, cual puede  
hurtar a sus fatigas mano esclava;  
crece veloz, y cuando exhausto acaba,  
adulta prole en torno le sucede.

La obviedad del dato botánico es inmediatamente trascendida en significación mítica: el banano es otro henchido arco que toca lo primero (como regalo inicial de la Providencia) y lo último (una muerte/renacimiento cuya simultaneidad niega a aquélla): es eterno, en cierta manera, eternamente joven y, también, inocente: escapa casi por entero a la mancha del trabajo y a los instrumentos violadores —podadera, arado—. Permite, en suma, disimular el quiebre del ciclo edénico y no menos sus peores connotaciones de propiedad y poder: esa fugaz *mano esclava*<sup>2</sup> que aletea, negra, contra el fondo dorado.

Pero estos versos se prolongan en una apelación al trabajo, hecha bajo la advocación edénica:

Mas ¡oh! ¡si cual no cede  
el tuyo, fértil zona, a suelo alguno,  
y como de natura esmero ha sido,  
de tu índole habitador lo fuera!

Lo que era *ocio dulce* en el edén pretérito, y como tal elogiado y nostalgado, se convierte ahora en *indolencia* digna de crítica. Y la crítica se basa precisamente en la fertilidad de la naturaleza, que antes justificaba el ocio. El retorcimiento conceptual del argumento pone de bulto lo que el poema nunca confiesa abiertamente: América no es ya el edén, es decir, no es ya del todo el edén —de hecho, ha perdido lo esencial de su carácter paradisíaco— y la única manera de salvar lo salvable de este paraíso derrumbado —telón de fondo del gran espectáculo— es apuntalarlo con nuevos valores. Son, correspondiendo al programa, el valor y el patriotismo que hacen a la libertad, el trabajo que hace a la agricultura.

Se trata, entonces, de reproducir el edén, pero no en su totalidad original, ya inalcanzable: los medios productivos son asumidos pese a su carácter culpable; las relaciones de producción inherentes son eludidas, ignoradas en el programa, y el socialismo primitivo se hunde cada vez más junto con el ocio dulce en el pasado mítico.

Es hora de recordar la contradicción «esquizofrénica». Porque la *selva eterna*, alardosa e innumerable, es la misma *selva postrada*, de *talados campos* para la siembra. Y la misma voz que hace el encendido elogio de la primera, programa su violenta transformación en la segunda, pero manteniendo entre ambas una cómoda distancia textual.

<sup>2</sup> En nota al pie del poema, Bello señala al banano como cultivo principalmente de los esclavos para su subsistencia y como el fruto «que pide menos trabajo y menos cuidado», ligando así ambos temas. Ahora bien, en su verdadero terror o fobia culpable ante la técnica —violadora de la Madre Naturaleza—, Bello no ve nunca que su desarrollo permitiría —y permitió— reducir —y al cabo abolir— la mano de obra esclava, vuelta antieconómica en cuanto tal —y recuperada ventajosamente como trabajo «libre».